

Biblioteca Films

¿QUÉ VALE EL DINERO?

NÚM
472

25
CTS



GEORGE BANCROFT-F. Dee J. Compton

Propaganda



CROMWELL, John

BIBLIOTECA FILAS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 APARTADO 707 BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARA, NUMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO IX

Rich Man's Folio, 1933

NUM 172

¿QUÉ VALE EL DINERO?

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título, interpretada por el gran actor

GEORGE BANCROFT

Narración de HARRY BALTIMORE

Producción

de la invicta

marca



Paseo de

Gracia, 91

Barcelona

REPARTO:

Broock Trumbull	GEORGE BANCROFT
Ann	FRANCIS DEE
José Warren	Robert Ames

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Los grandes astilleros Trumbull databan de una antigüedad de siglo y medio. Los herederos de la familia Trumbull, habían ido sucediéndose en la dirección de aquel negocio y la firma Trumbull, consolidada por el tiempo, había llegado a ser de una solvencia ilimitada. Sin embargo, el actual propietario de los astilleros Trumbull no estaba satisfecho. Hacía ocho años que se había casado y aún su esposa no le había dado el heredero que pudiera continuar las glorias de la casa. Su primero y único descendiente había sido su hija Anita, una chiquilla humilde y preciosa que no había conseguido, a pesar de sus méritos, conquistar la voluntad de su padre. Y no era que Brook Trumbull no la quisiese, sino que su carácter algo arisco, su afán por el dinero y su ambición por la prosperidad de su negocio, no le dejaban tiempo libre para pensar en otra cosa. Sus dos únicas ilusiones en la vida eran la de tener un hijo y la de aumentar la fortuna que tenía. A tal

punto llegaba la primera de ellas, que había hecho cambiar el nombre de los astilleros, sustituyéndolo por el de "Trumbull e hijo", en cuanto tuvo noticias de que iba a ser nuevamente padre.

El día en que tenía que tener lugar el alumbramiento del nuevo ser, Trumbull, como de costumbre, se hallaba en su despacho hablando con José Warren, un muchacho joven e inteligente, quien, a pesar de su corta edad, llevaba los negocios de la compañía constructora de buques Norfolk.

José Warren había ido a proponerle a Trumbull unas negociaciones comerciales, que Brook se negó a aceptar.

Es inútil que insista, "Trumbull e hijo" no necesita aliarse a nadie. Durante siglo y medio ha trabajado solo.

En aquel instante llamaron por teléfono y el secretario de Trumbull, uno de los empleados más antiguos de la casa, se puso al aparato, pero ante la noticia que recibió quiso que su jefe se enterara por sí mismo y le dijo:

Señor, llaman desde su casa.

Brook se puso al habla y en pocos segundos exclamó alegremente:

—Sí, oigo... ¿Qué es?... ¿Un varón?... ¿Está usted seguro?

Dejó el aparato y levantándose rápidamente abrazó a su secretario diciéndole:

—¡Varón!... ¡Es un varón!... ¡Dígalos a todos que hoy regalo dos días de jornal!

La noticia corrió rápidamente por todo el astillero y las sirenas sonaron alegremente para que todo el mundo pudiera celebrar el nacimiento del nuevo heredero, mientras que Brook, sin poderse contener, corrió a su casa para ver aquel hijo que venía a continuar la labor que durante siglo y medio habían realizado los Trumbull.

Al entrar en su casa, se encontró con Anita que se acercó a él mimosamente, esperando una caricia paterna. Mas su ilusión se vio defraudada al ver que su padre ni siquiera le dirigió una mirada, sino que corrió al interior en busca de su hermano recién nacido.

Con la tristeza propia de todo niño que se ve pospuesto siguió tristemente a su padre y oyó a éste que preguntaba a la enfermera, que había asistido a su madre.

—¿Dónde está mi hijo?

La enfermera le indicó con la mano una habitación, y Brook entró rápidamente a ella. Vió la cuna del pequeño y se lo quedó contemplando extasiado. Su emoción era tal, que no podía apartar sus ojos de aquella criatura compendio de todas sus ilusiones.

Temiendo despertarlo se arrodilló junto a la cunila y así estuvo un buen rato, hasta que oyó unas leves pisadas que se acercaban. Volvió la cara y vió junto a él a Anita.

Ni aun en aquel instante de suprema alegría llegó a comprender Brook todo el daño que causaba a la pequeña y sólo supo preguntarle:

—¿Qué dices de tu hermanito?

Temerosamente la chiquilla respondió:

—No lo he visto. Temía que te enlodaras.

Brook se sintió magnánimo y le dijo:

—Puedes mirarlo, pero no lo toques.

La chiquilla se inclinó sobre la cuna y al ver a su hermanito sintió esa ternura tan propia de toda mujer, aun cuando sea niña y medrosamente suplicó:

—¿Le toco una manita?

Después de dudar un instante, Brook terminó accediendo y le dijo:

—Buena, una mano, sí, pero sin hacerle daño.

Ana acarició con cariño la mano del pequeño, de aquel ser que venía a quitarle, aun que fuese inconscientemente, la poca atención que le dedicaba su padre.

Mientras contemplaban al recién nacido, entró la enfermera y le dijo a Trumbull.

—El doctor le llama.

Salió en su busca Brook y al encontrarse con el médico éste le dijo:

—Amigo mío, hay que tener serenidad.

—¿Qué pasa? — preguntó alarmado Brook —. ¿Acaso mi hijo?

—El niño está completamente bien, pero

su madre... está muy abatida. Temo un próximo y fatal desenlace.

Broock respiró más tranquilo ante la noticia de que a su hijo no le ocurría nada, aun cuando la gravedad de la madre no dejaba de causarle un hondo pesar.

Entró seguidamente a donde estaba su esposa y por el aspecto en que la encontró pensó que el doctor no había exagerado al decirle que corría peligro. La mortal palidez de su rostro y la dificultad con que respiraba hacían presumir un fin mucho más cercano de lo que cabía concebir. Temerosamente se acercó al lecho de ella, que al verlo abrió penosamente los ojos y como reconviniéndole, le dijo:

—¿Ya estarás satisfecho?... Te dejo lo que querías... un hijo...

—No hables así, Catalina—respondió dolosamente Brook—. Parece que creyeras que no te lo quiero...

Catalina, haciendo un nuevo esfuerzo volvió a decirle:

—Me has querido... a tu manera... pero, no importa... no importa nada ya...

—No, Catalina—exclamó sollozando Brook—, tienes que vivir. Piensa en tu hijo.

Anita había seguido a su padre y oía aquella conversación, sintiendo que su corazón se desgarraba de dolor. Presentía la gravedad

de su madre y sus ojos llenos de lágrimas, la miraban amorosamente, hasta que Catalina la llamó. Se acercó al lecho y cayendo de rodillas ante su madre, dejó que ésta la acariciara suavemente, mientras ella gritaba presa por una angustia infinita:

—¡Mamita!... ¡Mamita mía!... ¡No te muéras!... ¡No dejes sola a tu Anita!... ¡Mamita, mírame... hálame!... ¡Soy yo, tu Anita!

Pero las exclamaciones de la infeliz criatura ya no podían ser oídas por su madre, que con aquel último esfuerzo había dejado escapar su alma, no siendo más que un cuerpo sin vida.

Algunos días después de la muerte de Catalina, la casa parecía deshabitada. Todos los que la ocupaban, criados y sirvientes, echaban de menos la bondad de aquella santa y hasta Brook sentía muchas veces la falta de la fiel compañera.

Pero quien más advertía esta falta era Anita, la pobre niña, sintiendo como nunca la frialdad de su padre, buscaba inútilmente su cariño, con el que poder mitigar en algo la pena que había dejado en ella la desaparición de su madre.

SEGUNDA PARTE

Pasaron diez años, en el transcurso de los cuales, Anita se había convertido en una linda muchachita. Su rostro, su bondad, su angelical belleza y todo en ella reflejaba con una exactitud inverosímil a su madre muerta.

Pero ahora Anita ya no estaba tan sola, ya no se consideraba tan infeliz, puesto que todo su amor y toda su ternura la había puesto en su hermanito, en el pequeño Broock, que se criaba enfermito. Anita se había convertido para el pequeño en una madre que le atendía solícita, sin sentir nunca los más mínimos celos por la diferencia que su padre hacía entre ella y él. Durante todo aquel tiempo, las sonrisas y los mimos de Trumbull habían sido únicamente para el pequeño Broock, sin que Anita, a pesar de sus esfuerzos, llegara a conseguir nunca una demostración de cariño del autor de sus días. Era aquella una pena íntima que la hacía llorar muchas veces. Ella, que adoraba a su padre, se habría sentido feliz con un beso, con una caricia, con un acto de cariño, con una frase amorosa, algo de lo mucho que él prodigaba a Broock. Pero todos sus esfuerzos eran inútiles y su vida era lán-

guida como la de una rosa que le falta el cuidado de su jardinero.

En los astilleros Trumbull e Hijo la actividad seguía siendo cada vez mayor. El negocio prosperaba de conformidad con la ambición de su propietario y éste se sentía orgulloso de su fortuna y de poseer un heredero que continuaría, después de su muerte, la tradición de la familia.

José Warren había logrado, gracias a su esfuerzo personal y a su inteligencia, independiarse y había creado una compañía constructora de barcos. Acordándose de la amistad que siempre le unió con Trumbull, fué nuevamente a verlo para proponerle la fusión de las dos casas y evitar así la competencia en beneficio mutuo. Pero Broock lo miró indiferente y le respondió con cierta burla:

—¿Con qué quieres que "Trumbull e hijo" sea "Trumbull y Warren"?

—No creo que sea ninguna locura, Broock—respondió el joven—. La Warren es hoy una casa importante.

—Sí, pero le falta lo que tiene la Trumbull: el nombre.

—¿Lo tenía cuando comenzó?—preguntó el joven—. También la Warren puede adquirirlo, con el tiempo.

—Pues vuelve de aquí a cien años y ya hablaremos—terminó diciéndolo Broock.

— Está bien — respondió, sin darse por ofendido José — Entonces mandaré a mi nieta.

— Y aquí tienes mi respuesta — replicó, al ver entrar a su hijo.

El pequeño corrió a los brazos de su padre y después de besarle le dijo alegremente:

— Vengo de ver la cosa más linda que puedes imaginarte, papá: seis galletas que tuvo la gata de Dayton.

— ¿Este es el hijo de Catalina? — preguntó José.

Brook lo sentó sobre la mesa y respondió orgullosamente:

— Este es el heredero Trumbull.

— ¿Cómo está tu hermanita? — preguntó Warren al pequeño.

— Bien — respondió el chiquillo —. Se ha quedado fuera esperándome en el auto.

José se despidió inmediatamente y salió a la calle. Como había dicho el pequeño, en la puerta había parado un lujoso automóvil y en él estaba Anita, que al ver salir a Warren lo llamó cariñosamente.

El joven se acercó a ella y después de saludarle le dijo mirándola fijamente:

— ¡Cómo se parece usted a su madre! El pequeño se parece también mucho a ella... Era soñadora, algo romántica...

— Así es Brook — respondió sonriendo dulcemente la joven.

— ¿Y usted? — preguntó intencionadamente José.

— Yo salí más a papá — replicó Anita —. ¿Ha hablado ya con él?

— Sí — respondió José —, y me bato en retirada. ¿Volveré a verla pronto?

— Si usted quiere... — respondió la muchacha.

Entonces, hasta pronto — se despidió Warren.

Entre tanto, en el interior del despacho, Trumbull hablaba con su hijo como si fuera un socio a quien tuviera que pedirle parecer y le decía:

— ¿Sabes lo que pretendía ese? Asociarse con nosotros... ¿Qué te parece?

— ¿No es amigo nuestro? — preguntó ingenuamente el chiquillo.

— Sí, pero somos rivales... Él procura quitarme los clientes y yo a él. La casa "Trumbull e Hijo" es mucho más fuerte. Ven, verás todo esto.

Cogió al chiquillo por una mano y lo sacó a los astilleros. Juntos recorrieron todos los talleres y al verse el pequeño sobre los altos andamios de hierro, no pudo disimular su miedo y le dijo a su padre:

— Se siente uno aquí como en el aire, papá.

— ¿Ves ese barco que están construyendo? — le dijo su padre —. Pues tú serás su padrino.



—Eso no se maneja así, Dayton.

Y al ver que un operario manejaba mal una de las palancas se acercó a él, se la quitó, y le dijo, al mismo tiempo que hacía la demostración:

—Eso no se maneja así, Dayton. Fijese para que aprenda.

Finalmente volvieron al despacho y el pequeño denotaba cierto cansancio que no pasó desapercibido para Trumbull, que le dijo sonriendo:

—¿Estás cansado?... Te daremos un poco de agua para que se te pase.

El chiquillo, que se acordaba de la amonestación que su padre había hecho a Dayton, le preguntó tristemente:

—¿No se enfadará Dayton, por lo que le has dicho?

—No te preocupes—respondió con seriedad su padre—. Al obrero hay que tratarlo con energía. De lo contrario perderíamos dinero.

—¿Dinero?... ¿Y para qué sirve el dinero, papá?—preguntó curiosamente.

—El dinero, hijo mío, lo da todo, lo puede todo. Con él nadie es vencible y todo se consigue.

El chiquillo miró fijamente a su padre y como inspirado por algo sublime, respondió con tristeza:

—Pero no pudo salvar a mamá.

Su padre, ante la contestación del pequeño, guardó silencio sin saber qué responder y Broock le dijo de nuevo:

—El dinero tampoco me da salud.

Su padre lo estrechó fuertemente contra su pecho y exclamó, como queriendo borrar de su mente un triste presentimiento:

—¡Tú tienes salud!

—Si llego a hombre...

—Si "llego", no — exclamó Trumbull—; "cuando llegue".

—¿Quién sabe si llegaré!—anspiró el pequeño.

Trumbull, preso de una gran nerviosidad,

temiendo que los presentimientos de su hijo pudieran realizarse, hizo más fuerte el abrazo en que lo tenía y lo besó varias veces, hasta que finalmente le dijo:

—Anda, vete con tu hermana, que te estará esperando.

El chiquillo corrió en busca de Anita y juntos dieron el paseo que los médicos habían recomendado al pequeño. Este, recostado sobre la falda de Anita, viendo en ella, más que a su hermana, a su madre, la acarició amorosamente y le preguntó:

—¿Cómo era mamá, Anita?

—Muy linda y muy buena—respondió ella.

Entonces, era como tú—respondió el muchacho.

Anita no pudo contener una explosión de cariño y abrazó a su hermano, besándolo repetidamente, hasta que el chiquillo le dijo:

—¿Sabes qué quería?... Pues tener mucho dinero para comprar una casita en el campo para nosotros dos...

—¿Y nadie más?—preguntó su hermana, pensando en su padre.

—Y "él" también, ¿verdad?—respondió el niño—. Yo quisiera ser como él, que nunca se cansa.

Poco después, Brook, en el dulce regazo de su hermana, se quedaba dormido, hasta que llegaron a su casa.

TERCERA PARTE

Era la víspera de la botadura del barco del cual había de ser padrino Brook y su padre le había enseñado el discurso que habría de pronunciar en el momento de la botadura. La timidez de Brook se mostraba como nunca en aquella ocasión y hacía esfuerzos por aparecer sereno ante su padre. Anita se esforzaba por repetirle las palabras que había de decir al día siguiente, hasta que su padre la interrumpió diciéndole energicamente:

—Déjalo, él ya se lo sabe.

Anita calló, pero poco después, cuando terminaron de cenar, mientras que su padre leía la prensa, el pequeño le preguntó quedamente a su hermana:

—¿Lo haré bien, Anita?

—Lo importante es decirlo sin miedo—le dijo cariñosamente ella—. Has de portarte como un Trumbull.

—Es que me parece tan tonto todo eso—comentó el muchacho—. Debías hablar tú, en vez de yo. Tú eres más enérgica, más fuerte.

Entró en aquel instante la "nourse" indicando que era la hora de acostarse Brook, y

el padre al verla se levantó para despedirse de él, diciéndole:

—¡Tocaron silencio! ¡Haga callar a la gente!

El muchacho, remedando al padre, gritó débilmente:

—¡A callar, que tocaron silencio!

Se llevó la mano a la boca en forma de corneta y dió algunos toques. Saludó luego a su padre militarmente y subió a su habitación.

Cuando quedaron solos, Anita se acercó tímidamente a su padre y le dijo:

—¿No le hará daño ese acto a Brock? Está tan impresionado con ese discurso... Si llegara a equivocarse...

—¡Qué ocurrencia! —exclamó Trumbull—. ¡Lo hará muy bien!

—No obstante, deberíamos cuidar más de él, papá.

—Cuidarlo no es mimarlo! —respondió enérgicamente su padre, mirando con cierto enfado a su hija—. Debe hacerse hombre.

Anita no se atrevió a insistir, pero temiendo por la salud de su hermanito, suplicó:

—¿No le regañarás si se equivoca?

—¡Te he dicho que no se equivocará! —exclamó otra vez Trumbull.

Anita se acercó a su padre, como indicándole que ella también se iba a acostar y esperando como todas las noches aquel beso que

nunca llegaba. Levantó la frente hasta cerca de la boca de Trumbull, pero ésta volvió nuevamente a su trabajo, sin preocuparse de la joven, que salió violentamente del despacho, para que su padre no advirtiese su llanto.

Llevado por un impulso generoso, por aquel cariño que él no sabía expresar, Trumbull salió detrás de su hija y cuando ésta estaba ya cerca de su habitación, la llamó repetidamente, sin que Anita se dignase contestarle.

Tuvo efecto, por fin, al otro día, la botadura del barco. La lluvia y el viento azotaba despiadadamente y en el lugar en que había de tener efecto el acto se hallaban reunidos todos los invitados y obreros. Trumbull se sentía vivamente emocionado y cuando llegó el instante presentó su hijo a los obreros diciéndoles:

—¡Tengo el placer, más aún, el honor, de presentar al heredero de la casa Trumbull!

—¡Hurra!... ¡Viva! —gritaron aquéllos, mientras que Brock, emocionadísimo, saludaba a todos.

—Ahora el discurso —le dijo su padre.

El muchacho se adelantó un poco a los demás y repitió las palabras que su padre le había enseñado, diciendo:

"En esta ocasión solemne para nuestra casa, al bautizar un nuevo barco... por..."

Calló sin acordarse y su hermana acudió rá-

pida a su auxilio, para apantarlo. Broock, casi sin fuerzas, continuó:

"por... delegación de mi padre, Broock Trumbull V, le doy el nombre a este barco de "Santa Elena."

El esfuerzo que había hecho Broock y su débil constitución, dió lugar a que sufriera un ataque. Anita corrió rápidamente a cogerlo en sus brazos y poco después el pequeño se hallaba en su cunita, solícitamente atendido por un especialista.

Durante todo el resto del día apenas si había hablado algunas palabras y el delirio que se apoderó de él desde los primeros instantes no cesaba, cuando ya era de noche.

Trumbull inquirió al doctor sobre el estado del pequeño y aquél le dijo:

—En un niño menos endoble, no hubiera sido grave, pero en él...

—¿Qué quiere decir?—preguntó casi loco su padre.

—La verdad, no tengo ninguna esperanza.

Trumbull corrió al cuarto de su hijo y se acercó a la cama de éste diciéndole:

—Broock, tienes que curarte. Tienes que vivir para tu padre.

—Anita... Anita—murmuró débilmente el chiquillo.

—No es Anita—le dijo su padre, sintiendo cierta aversión hacia ella, por el llamamiento del niño—. Soy yo, tu padre.



—Yo quiero a Anita.

—Yo quiero a Anita—insistió el niño.

El doctor, comprendiendo que al pequeño sólo le quedaban segundos de vida, ordenó a la enfermera:

—Llámela.

Anita estaba acurrucada en la puerta del cuarto de su hermano. No se había atrevido a entrar por miedo de enfadar a su padre. Mas cuando le dijeron que su hermano la llamaba, corrió a su lado y éste, acariciándola amorosamente, le dijo:

—¿Eres tú, Anita?

—Sí, soy yo—respondió Anita, haciendo un esfuerzo para que no se le escaparan los sollozos.

—¿Oyes la tormenta?—volvió a decirle dirigiéndose a Brook.—¿Sabes?... Es ella, mamá, la que me llama.

—No digas eso—respondió Anita, dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—¿Quedó bien el discurso?—preguntó más débilmente el pequeño.

—Sí, mi vida, muy bien—respondió la joven, haciendo esfuerzos por sonreír, con tal y que su hermano no advirtiera su dolor.

—Es que yo soy muy miedoso, ¿sabes?, pero si llegó a hombre...

—¿Cuando seas hombre, querrás decir?—respondió la muchacha.

Brook extendió una mano hasta tocar el rostro de su hermana, lo acarició con infinita ternura, le puso la mano por los ojos y en su último suspiro exclamó:

—Lo mismo da... ya... todo.

La mano cayó pesadamente sobre el lecho y Anita se arrojó gritando sobre aquel débil cuerpo que tanto adoraba y que la muerte impía le arrebatara para siempre.

Su padre, en el otro lado de la cama apretaba los dientes con la fiera de la que se ve vencido sin poder nada contra su adversario, hasta que por fin se levantó y se fué hacia el

balcón, sin darse cuenta que llovía torrencialmente.

En medio de su dolor, Anita pensó en su padre, pensó en la pena que lo agobiaba en aquellos instantes y quiso con sus besos hacerla más llevadera, aun cuando la suya fuese tan grande como la de él. Fue tras él, pero de pronto quedó parada, casi espantada por las palabras que pronunciaba su padre, quien con los puños crispados, levantó la vista al cielo, exclamando:

—¿Dios poderoso...! De los dos, ¿por qué tuvo que ser Brook?

Y al dolor de la muerte de su hermano, tuvo que añadir Anita la pena de verse tan alejada de quien ella quería conquistar...

Pasaron dos semanas, pero en el transcurso de ellas el recuerdo de Brook se hizo más fuerte en Trumbull, que no podía apartarlo de su mente. Aquel hijo en quien había depositado todas sus ilusiones había sido para él tanto como su propia vida y al morir, podía decirse que habían muerto también todas sus energías.

Ni el trabajo, ni nada de lo que antes había constituido para él un motivo de actividad lograban distraer su pensamiento, hasta que finalmente tomó la resolución de hacer un viaje a Europa, con el fin de buscar alguna distracción a su decaído espíritu.

Pero también para Anita aquella muerte

fué un golpe tremendo. Aparte del cariño que sentía por su hermano, la falta de éste la dejó aun más sola. Alejada moralmente de su padre veía transcurrir los días sin que nada viniera a alegrarla y solamente cuando se enteró del viaje proyectado por su padre, fué cuando experimentó cierta confianza en conseguir su cariño durante aquellos días en los que necesariamente tendrían que estar juntos en el barco, en los hoteles y a cuantas partes fuesen.

Mas también aquella ilusión debería durar poco en la pobre niña, porque en contra de sus esperanzas, su padre le anunció que durante su viaje a Europa, ella se quedaría en un pensionado de Nueva York.

Llegó, por fin, el día en que Ana tenía que marchar hacia la capital y el secretario de Trumbull fué a ver a la joven, a la que le dijo, haciendo esfuerzos por disimular su tristeza:

—Vengo a despedirme y a darle algunas instrucciones. En el colegio le darán cuanto dinero pida para sus gastos... pero no se exceda, hijita. Aquí tiene el billete y el talón del equipaje. Su papá no podrá ir a la estación, porque...

—Sí, no se esfuerce — le atajó Ana —. Lo comprendo, Mack. Papá vive muy ocupado.

—Eso es — exclamó el secretario —. Además, como a él se le olvida todo, desde que murió el niño, escribame a mí si algo necesita.

—Gracias, Mack—terminó diciéndole la muchacha.

Poco después estaba ya lista para marchar, pero aun quiso intentar la última prueba. No podía avenirse a separarse de su padre; sin siquiera darle un beso, sin recibir una caricia, sin una palabra, por lo menos, cariñosa de despedida. Por lo mismo, en vez de dirigirse a la estación, dió orden al chofer para que la llevase a las oficinas de la casa Trumbull. Al llegar a la puerta del despacho de su padre, se sintió cohibida. Acaso su padre se enfadara con aquella decisión suya. Vaciló antes de entrar, más al fin, su cariño filial le dió ánimos para empujar la puerta y llamar la atención de Brock, que no se había dado cuenta de su llegada, diciéndole:

—Me voy ya, papá.

Su padre se acercó a ella y le preguntó extrañado:

—¿Qué te vas? Luego, recordando su orden exclamó: ¡Ah, sí!

Pero al ver a su hija ante él y que no se marchaba, creyó adivinar su pensamiento y le preguntó:

—¿Necesitarás dinero?

La muchacha relusó con la cabeza el ofrecimiento a la vez que le decía:

—Mack me dió ya... Yo buscaba otra cosa... algo que me falta... ¿no me comprendes?

Y al vez que su padre no le adivinaba sus

ansias de cariño, ocultó su pena y sólo supo decirle:

—Me escribirás, ¿verdad papá?

—Por supuesto... claro que sí —respondió con cierta indiferencia Trumbull.

Ana intentó nuevamente convencer a su padre y le dijo:

—¿Qué bueno serías si me llevaras contigo!...

—No puede ser, Ana—respondió secamente Broock.

—¿Por qué, papá?

—Porque tienes que estudiar. Es necesario que vayas a ese colegio.

—¿Y no te sentirás solo sin mí?

—Eso es lo que quiero —respondió con melancolía Trumbull—. Estar solo, siempre solo...

—¿Mandarás por mí cuando regreses de Europa?

—Sí... como no... en las vacaciones—contestó distraídamente.

Ana no pudo contener más su pena y antes de dejar traslucir su dolor ante su padre, salió precipitadamente del despacho, subió al coche y se hizo conducir a la estación.

Precisamente en la estación se encontró con Warren, que al verla le preguntó:

—¿A Nueva York?

—Lo ha adivinado—respondió sonriendo Ana.



—¿Cómo te atreves a decir eso de mí?

—No ha sido eso, sino que supe que su padre marchaba a Europa y no tiene nada de extraño que le haya precedido.

—Yo no voy a Europa—respondió Ana—. Va papá solo.

—¿Y la deja?

—El quería llevarme, pero yo me he empeñado en quedarme en un colegio y me he salido con la mía—respondió Ana, queriendo ocultar a los ojos de los demás la indiferencia con que la trataba su padre.

Warren sonrió, adivinando la verdadera verdad y le preguntó cariñosamente:

—Mientras su papá esté ausente... yo seré su tutor... ¿Acepta?

Ana sonrió complacida por el galante ofrecimiento y se despidió diciéndole:

—¡Ya veremos cómo se porta mi tutor!

QUINTA PARTE

Durante todo el tiempo que duró el curso en el colegio, Anita no recibió más visita que la de su joven tutor y la simpatía que desde un principio se tenían, fué convirtiéndose en amor, hasta que llegó el momento en que la joven, aprovechando las vacaciones, tuvo que volver a su casa.

¡Con cuánta alegría regresó Anita a su hogar, esperando encontrar a su padre en él!

Mas la primera decepción la tuvo al entrar en la habitación de su madre y ver sobre el tocador unos guantes de mujer y sobre la cama un abrigo y un sombrero.

Apenas tuvo tiempo de reponerse de su sorpresa, cuando vió entrar a una mujer clo-



Trambull se valió de todos los medios.

gantísima, que mirándola curiosamente le preguntó:

—¿Usted es Ana, verdad? Pues yo soy su madrastra... ¿No sabía que su padre se había casado en Europa?

—No, señora —respondió tímidamente Anita.

—¡Pobrecita! —comentó la nueva esposa de su padre—. Es imperdonable que su padre no le haya dicho nada... ¿Tal vez eso hará a que usted no me mire con el cariño que yo deseo?

—Se equivoca, señora —respondió la jo-

van—. No culpa a usted de nada. No es que yo sienta celos, al contrario, si usted ama a mi padre, siento pena por usted.

—¿Por mí?—preguntó extrañada.

—Mi padre es un egoísta—siguió diciéndole—. No quiere a nadie. Se ha casado con usted solamente por el deseo de tener un hijo... El no quiere a nadie, ¡a nadie!

Su padre, que estaba en aquel instante, oyó las últimas palabras de su hija y se adelantó hacia ella amenazador, diciéndole:

—¿Cómo te atreves a decir eso de mí?

—Porque es la verdad—respondió Anita.

Su mujer se acercó a su marido y acariciándolo cariñosamente le dijo:

—Ana hace muy mal en portarse así contigo, vidua.

Anita comprendió entonces la hipocresía de aquella mujer y decidida a alejarse de aquella casa donde tanto sufría, le dijo a su padre:

—Yo estoy de más en esta casa, lo sé, pero no lea estorbaré más; voy a casarme con José Warren. El me quiere y yo aquí soy un estorbo.

Nada podía hacerle más daño a Trumbull que el que su hija se casase con su competidor y mirándola fijamente le dijo, con reconcentrada indignación:

—¡Está bien!... ¡Cásate con él! ¡Ya te pesará cuando veas cómo aplasto a tu Warren!

Y tal como había prometido, lo hizo. Trum-

bull se valió de todos los medios para ocasionar la ruina del que se había convertido en marido de su hija. Pero en su deseo de arruinarlo había hecho tales gastos, que la casa Trumbull se vió también en una situación delicada. Había necesidad de atender varios pagos y no había dinero para hacer frente a ellos, por lo que Trumbull, acordándose del dote que había regalado a su esposa, le pidió que se lo prestara.

Esta, ante el ruego de su marido, le respondió airadamente, dejando traslucir sus intenciones y el motivo por el cual se había casado con él.

—¿Recuerdas que yo te dije en Montercarlo que jugaba siempre para ganar?

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó sorprendido Trumbull.

—Pues que no estoy dispuesta a soltar ni un céntimo y como tengo la seguridad de que te has arruinado, hemos terminado ahora mismo.

Sin darle más explicaciones salió de la casa y Trumbull se vió aquella noche completamente solo.

Al día siguiente era el aniversario de la muerte de su hijo y fué al cementerio a depositar flores sobre la tumba de su pequeño. Cuando ya salía de aquel santo lugar, vió llegar a su hija y a su marido con un ramo de



—¿Que quieres decir con eso?

floreros para depositarlo también donde estaba enterrado su hermano.

Espió a los dos jóvenes y al ver lo felices que eran con su amor, a pesar de su conciencia, sintió remordimientos de todo lo que había hecho en contra de ellos. Ya solamente había un medio para que rehiciesen su fortuna y era el demostrar a la casa que le había cedido los barcos, cuya construcción quitó a su yerno, de que los astilleros de éste eran mejores que los suyos.

Sin pensarlo más, aquella misma noche ordenó a los trabajadores que botasen el casco del barco que estaba haciendo.

—Si todavía no está terminado—le respondió uno de los jefes.

Trumbull, sin aventarse a razones, le ordenó:

—Yo soy aquí el amo y hago lo que me da la gana.

El mismo cortó las amarras y el barco se deslizó hacia el mar. Los agujeros que aun no habían sido tapados dieron entrada al agua y el navío quedó hundido.

Todos creyeron que Trumbull estaba poseído por un ataque de enajenación y avisaron a su hija, que inmediatamente, olvidando todo lo que le había hecho sufrir, corrió con su marido en auxilio de su padre. Se hicieron cargo de él y lo llevaron a su misma casa.

Algunos años después, cuando los astilleros Warren estaban en todo su apogeo, Trumbull, aquel hombre que parecía de acero, se hallaba tranquilamente jugando con sus nietecitos, abrazado a una preciosa chiquilla, mientras que al otro, al varón, le daba instrucciones como había que hacer para que un barco fuese botado.

Al ver llegar a sus hijos, se levantó y dejó a los pequeños, al mismo tiempo que decía:

—Ahora sí que soy feliz. ¿Qué vale el dinero comparado con esta dicha?

Y mientras volvía con sus nietos, los dos esposos se abrazaron sonriendo, sintiendo ellos también la felicidad que inundaba el corazón del abuelo.

FIN

== PRONTO ==

No deje de adquirir el interesante

Cancionero Popular Almanaque 1933

Será una obra definitiva, que publicará los
tangos más modernos, seleccionados y de
más éxito.

Precio UNA peseta

1924 AYER COMO HOY
HOY COMO MANANA **1933**

BIBLIOTECA FILMS
Y
FILMS DE AMOR

*SON LAS INVICTAS
NOVELAS CINEMATOGRAFICAS QUE*

*NI ENVEJECEN
NI DESAPARECEN*

y al entrar en el
NOVENO AÑO

de su aparición y al llevar publicados más de

1000 TÍTULOS

distintos de novelas, agradece a sus bellas lectoras y simpáticos lectores, el constante favor que le han dispensado, deseándoles a todos felicísimo y próspero año

1933

Pida hoy mismo el CATÁLOGO GENERAL ILUSTRADO, SUPLEMENTO del mismo y el HERALDO de novedades a

EDITORIAL "ALAS" APARTADO 707
BARCELONA